

Reseña de libros

v. LEDOUX: *Étude anthropométrique, psychométrique et social d'un groupe d'adolescents parisiens*. En B. I. N. O. P. (*Bulletin de l'Institut National d'étude du travail et d'orientation professionnelle*). Número especial. París, 1954; 91 páginas.

Aun los más encarnizados enemigos del método experimental en las ciencias del hombre reconocen la gran utilidad de estudios de conjunto sobre fenómenos que, por su índole, son susceptibles de ser abordados mediante *tests* y encuestas. Por ello, en otros países se han menudeado las investigaciones encaminadas a la determinación de los datos antropométricos relativos a la infancia, para conocer a fondo el proceso de crecimiento físico, sus variables y sus relaciones con fenómenos económicos y sociales.

Por otra parte, y con finalidad análoga, se han verificado encuestas sobre el desarrollo psíquico en las diferentes edades, ya para determinar el número de deficientes mentales, ya, simplemente, para conocer la evolución psicológica de los niños.

Desde el primer punto de vista, es decir, en relación con el desarrollo biológico, podemos citar los estudios franceses de Godin (1900), Laugier, Weinberg y Cassin (1936), doctor Bize (1939) y la encuesta nacional de los Servicios de Higiene Escolar (1950).

En cuanto al conocimiento de la evolución psíquica, sobresale, por su amplitud, la iniciada en 1937 por la Comisión de Empadronamiento de Niños Deficientes, continuada en 1943 y publicada en 1950 por el Instituto de Estudios Demográficos, a base de 95.237 expedientes de otros tantos escolares correspondientes a 25 distritos, homogéneos desde los puntos de vista demográfico y económico.

M. Ledoux da cuenta en este folleto de la encuesta llevada a cabo por él para determinar la correlación e interacciones existentes entre desarrollo antropométrico, nivel psíquico y estado socioeconómico de un grupo de adolescentes de catorce a diecisiete años, alumnos de los Centros de Aprendizaje de París y sus alrededores.

El protocolo de examen comprendía datos antropométricos y biométricos, socioeconómicos y psicométricos, no habiendo podido utilizar los escolares, tanto por la dificultad de reunir los correspondientes a las distintas escuelas primarias de origen, como por la diversidad de profesores y maestros de taller en los Centros profesionales y, sobre todo, por la poca confianza que merecen los resultados del examen de aptitud profesional (C. A. P.), como han probado los estudios de Bonardel, hecho que merece retenerse al examinar la adecuación entre enseñanza profesional e ingreso en la vida del trabajo.

El autor reconoce que el grupo estudiado es demasiado restringido. En efec-

to, lo componían en un principio 248 muchachos del primer curso profesional, que seguían la preparación para cuatro oficios: ajuste, "metales en hojas" (calderería y utensilios de palastro), forja, cerrajería y carpintería; pero la mayor parte de las pruebas sólo han podido seguirse con 151 alumnos, que permanecían en los Centros profesionales a finales del tercer año, ya que los 97 restantes habían abandonado los estudios "por la necesidad o el gusto de ganarse la vida". Por varias dificultades, todas las pruebas pudieron verificarse solamente con 55 alumnos.

El material de experiencia, como se ve, ha sido escaso, a tal punto que podríamos preguntarnos si permite obtener resultados estimables. Lo que se ha perdido en amplitud se ha ganado, sin duda, en intensidad y cuidado, pues Ledoux ha realizado personalmente las medidas, repetidas una vez cada año, durante tres, en los mismos sujetos, método que es preferible al de una sola medición por diversos experimentadores en grandes masas de niños, a cada uno de los cuales sólo se aplican las pruebas una vez.

Sin embargo, las deducciones más lícitas se han obtenido comparando los resultados de esta pequeña muestra muy seleccionada, tanto desde la perspectiva económico-social como escolar, con los alcanzados por otros investigadores.

Las principales son éstas: que la selección escolar se corresponde con una selección social y económica; que el desarrollo físico (talla, peso y medidas biométricas) depende en parte del nivel de vida, y que "el éxito ante los *tests* es mejor, en conjunto, en los niños de hogares más sanos, que pertenecen a familias poco numerosas y que viven lejos del centro de la ciudad".

La elaboración estadística de los datos es perfecta, y las curvas y coeficientes obtenidos, un modelo de precisión y dominio.

Sería de desear que entre nosotros se llevaran a cabo encuestas semejantes, ya que apenas tenemos datos más que de la evolución física de los niños madrileños en estatura y peso (investigación del doctor Jiménez Quesada), sin que se hayan realizado investigaciones amplias relativas al nivel mental, resultados escolares y estado socioeconómico, hoy indispensables para un conocimiento científico de los problemas psicopedagógicos.—A. M.

JEAN GUITTON: *El trabajo intelectual*. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1955. 192 páginas.

Jean Guitton, profesor de la Universidad de Montpellier antes de la segunda gran guerra; ahora, de la de Dijon; Gran Premio de Literatura en 1954, es un espíritu muy francés, en el que la "finura", en el sentido de Pascal, vence a la "geometría", floreciendo en amor

al método. Pero no a un método reducido a la pauta muerta del esquema, sino vivificado por esa intuición y esa gracia, ese don de observación y comparación, que son la esencia misma de la "literatura", en el mejor sentido de la palabra.

Profesor de liceo, primero; universitario, después, su libro "nació de un sentimiento de amistad profunda hacia los estudiantes, sobre todo hacia los que sufren confusión y soledad. Mi propósito es ayudarlos en su trabajo. Quisiera librarlos de toda impresión de inferioridad o de angustia". A tal fin, consigna multitud de consejos, más bien que reglas, respecto de la manera más útil de realizar el trabajo intelectual, ya sea el de desentrañar un texto, ya, sobre todo, el de tomar notas y apuntes o verter en una composición el resultado del estudio.

Una primera nota hemos de destacar con el debido relieve. Como indica la cita anterior, Guitton no se dirige a los talentos superiormente dotados, los cuales, sin duda, saben abrirse sus propios caminos, sino a los estudiantes de tipo medio, a menudo desalentados ante las dificultades de un esfuerzo que no suele corresponder a la eficacia del resultado. Confiesa que en el liceo se ocupaba con preferencia de los alumnos peores: "Yo trataba de abolir en mí esa regla de aristócratas que dirige a los profesores jóvenes: *no dictar la clase sino para los mejores*. Es necesario pensar en los pobres—me decía, sin perjuicio de modificar todo el día de la visita del inspector—cuando hacemos hablar a los ricos para ser juzgados por ellos. Siempre he tratado de abrir las cabezas más duras, pensando que, si se obtenía un resultado con los medianos, lo escogido no sería dado por añadidura. Sócrates hablaba al bajo pueblo de Atenas y le fué dado Platón."

Tal actitud revela genuinas condiciones de educador, pese a la costumbre, tan extendida, de hacer consistir la enseñanza en una discriminación, acompañada de sanciones, que desemboca en el individualismo de la "clase-cucaña" (donde se agosta toda flor de cooperación e interayuda, para dar lugar a un clima tenso de envidia y odio). Pues educar no es "clasificar", ni "sancionar", ni hundir a los menos dotados en la sima de los complejos de inferioridad, sino, contrariamente, inclinarse con caridad hacia los "menesterosos" para elevarlos a la cima que sus posibilidades les permitan alcanzar. ¡Cuántas enseñanzas respecto a preferencias, ritmo en el trabajo, claridad expositiva y estimación personal encierra la actitud "misericordiosa" del profesor, frente a la "aristocrática", sembradora de escisiones!

Esta actitud implica otra consecuencia: apoyarse en los aspectos positivos que todo espíritu tiene, en vez de dedicarse a la "caza de faltas y defectos". Guitton dice que ante el ejercicio del alumno

mediocre, además de llamarle aparte para indicarle sus faltas, "subrayaba el pasaje prometedor y hermoso (casi siempre se los encuentra), a fin de que tomase conciencia de su poder y de que supiera imitarse en sus mejores momentos". Sabia conducta, que hoy defiende la mejor pedagogía.

Desde la manera de estudiar hasta la toma de apuntes en clase, toda una serie de normas prácticas va dedicada a orientar al estudiante para facilitarle su tarea y animarle en ella. El arte de la composición es objeto de observaciones llenas de buen juicio, acreditativas de que Guitton tiene en cuenta al enseñar el "lado del alumno", tan frecuentemente despreciado por profesores que quisieran obligarles a dominar la materia como ellos. Error brutal de perspectiva, que tantas energías malgasta y tantas decepciones procura.

"El ejercicio de la toma de apuntes, tal como se practica en la mayoría de nuestros establecimientos, me parece contra natura." Cierra aquí contra esos profesores, secundarios o universitarios, que obligan a los estudiantes a escribir sus apuntes a una velocidad incompatible con la claridad y con el buen sentido. Hemos visto numerosos apuntes de clase plagados de incongruencias y absurdos, sirviendo de "texto" a los muchachos, que así aprendían series interminables de enormidades. Con motivo mayor cuando el profesor se cree en el deber de llenar de citas y nombres propios su disertación. Entonces resultan logogrifos que recuerdan el famoso "juego de los disparates".

Parece anticuado cuando ensalza el ejercicio de dictado, considerado absurdo. Ciertamente, en muchos casos constituye el más odioso de los métodos. Empero, las clases no pueden estar siempre en estado de efervescencia. Socratizar fatiga. Dictaba "lo esencial". He aquí una buena norma. Recuerdo los apuntes de clase del primer curso de Clínica médica de una chica belga, dictados por el profesor, como resumen de sus explicaciones, y al compararlos con los gruesos volúmenes de mil quinientas o dos mil páginas que, durante el mismo tiempo, se ve obligado a "estudiar" un muchacho español (que en el mismo curso ha de "aprender" otras varias asignaturas, en libretos de tamaño análogo), pienso que por querer lo mejor nos quedamos con lo peor. Los apuntes, siempre dictados, deben dar la "síntesis a memorizar", no la obra "artística" y "mayéutica" de explicación del profesor, consistente en aclarar, fundamentar, estimular, aplicar y ejemplificar.

Como se ve, Guitton no da sólo aliento a los alumnos, sino también consejos a los maestros, todo ello en una prosa limpia, en la que frecuentes virajes incitan a seguir los meandros de un pensamiento flexible y vivaz.—A. M.

F. J. J. BUYTENDIJK: *La mujer. Naturaleza, apariencia, existencia*. Traducción del alemán por Fernando Vela. *Revista de Occidente*. Madrid, 1955. 331 páginas.

Con sólo un año de diferencia se publican las traducciones francesa y espa-

ñola de esta importante obra del gran psicólogo de Utrecht. Por cierto que del subtítulo de esta última se han suprimido las palabras "Estudio de psicología existencial" que aquélla conserva, y que delata el sesgo de su contenido y la intención metodológica y filosófica del autor.

Especializado, desde hace muchos años, en la psicología animal, Buytendijk ha sabido, no obstante, asomarse a otros predios intelectuales, siempre con ágil curiosidad y con una variedad de perspectivas y un encanto expositivo, que no es extraño dijera de él Kurt Lewin, hace tiempo, que tiene "una actitud acogedora y una amplitud de horizonte, casi se diría de hombre de mundo". Es lástima que en castellano no tengamos más libro suyo que *El juego y su significado*, publicado ahora hace veinte años por la *Revista de Occidente*, pues no sólo su *Tratado de psicología animal*, modelo en su género, sino sus libros menores: *Sobre el dolor* y la *Fenomenología del trato*, son tan estimables por lo que enseñan como por lo que incitan y sugieren. Esta última, sobre todo, es una pequeña obra maestra.

No es posible condensar en pocas líneas el contenido del libro que intentamos reseñar brevemente, y menos aún comentar sus más importantes aseveraciones. Podrá disenterse o asentirse al método fenomenológico para el estudio del alma humana y sus manifestaciones sociales e históricas; pero no ofrece duda alguna su superioridad respecto del método experimental, que es hijo de una "cosificación" del hombre opuesta a su sentido y esencia. Y es digno de nota el hecho de que algunos "esencialistas" o "sustancialistas" sean cultivadores y propagadores de un experimentalismo antitético de cualquier consideración supranatural de lo humano. En tal sentido hay páginas valiosas en este libro, que refuerzan las tesis de Sartre, Merleau-Ponty y Paul Ricoeur sobre la necesidad de partir del concepto de "situación" para una comprensión cabal de lo psíquico. Es probable que haya necesidad de examinar nuevamente los enfoques tradicionales sobre el conocimiento del hombre, partiendo del *tú* y del *nosotros* y concediendo al cuerpo, en cuanto medio total de expresión del alma, una importancia que nada tiene que ver con ninguna clase de naturalismo. También es posible que sea conveniente repensar el concepto de naturaleza humana a la luz de una encarnación de los valores—en que consiste la humanización y la educación, que es su propedéutica—, que extiende su "realidad" histórica desde los umbrales del hombre-lobo hasta las cimas de la santidad, en una curva que relativiza, no la "esencia" humana, pero sí la vigencia efectiva de lo humano. El historicismo es, sin duda, un error; pero ¿no tendremos nada que aprender de una meditación sobre el ser-hombre y sus problemas, nacida de los hombres-ferinos y de la necesidad de educación?

Buytendijk se declara existencialista; pero combate en muchas páginas a Sartre, ya directamente, ya a través de una polémica sostenida con su discípula Simone de Beauvois, cuyo libro *Le deuxième sexe* es fustigado una y otra vez.

Quien ve en la *rencontre* con Dios el tipo absoluto y supremo de contacto, no podía caer en el nihilismo sartriano, según el cual el hombre es "una pasión inútil".

Partiendo de un enfoque fenomenológico semejante al de Merleau-Ponty en su *Fenomenología de la percepción*, ¿cómo ve Buytendijk a la mujer? En el transcurso de las tres partes en que el libro está dividido, y que corresponden, respectivamente, a la naturaleza, la apariencia y la forma de existencia, el autor examina detenidamente los caracteres corporales y los psicológicos, censura la concepción freudiana de la psique, estudia la figura de la mujer, el rostro, la voz, para terminar en la consideración de la dinámica femenina, diferente cualitativamente de la masculina, como no intencional, morosa y adaptativa, circular y continua. Apoyándose en los análisis de Binswanger (¿habrá Editorial española capaz de ofrecernos la traducción de su obra capital?) desemboca en la concepción de los dos mundos: el del *trabajo*, propio del hombre, y el del *cuidado*, característico de la mujer.

Veamos cómo entiende esta dicotomía radical: "En principio, el trabajo tiene por objeto lo no-humano, por el hecho de que lo humano sólo es realmente humano cuando no se le puede elaborar, restablecer, construir, transformar por el trabajo de otro. De aquí se sigue, por consecuencia lógica interna, que el trabajo imprime a la existencia la marca de la objetividad, de la positividad, del conocimiento racional empírico, porque las relaciones humanas del ser-con, en el sentido de *nostridad*, no desempeñan ningún papel en esta existencia. El *homo faber* no conoce lo humano más que en las relaciones jurídicas y éticas que forman el marco moralmente necesario para la posibilidad del trabajo."

"El mundo del cuidado es el mundo de los valores. El acto de "cuidar de algo" está penetrado de aquella ética y sensibilidad que llamamos femineidad. El objeto del cuidado es, en primer término, lo humano o que se presenta como humano."

El lado femenino de la Humanidad sería, así, más elevado ontológicamente que el masculino, aunque éste sea quien hace la Historia. El cuidado, que atiende a los demás, que se derrama y se da en ellos, es el flanco humano del amor, que se convierte en ternura en la vocación maternal.

Libro rico en perspectivas, al que sólo falta la dimensión de la trascendencia en su proyección femenina. Lo que ha hecho maravillosamente Gertrud von le Fort en *La mujer eterna*.

La traducción, correcta, aunque nos resulten difíciles de asimilar sustantivos abstractos que el traductor se ha visto obligado a crear, tales como *maternalidad*, *expresabilidad* y *nostridad*. Lo mismo ocurre con el verbo *gestear* (hacer gestos). En las oraciones correlativas hay un uso indebido de la conjunción *que*; por ejemplo, en "tanto como individuo que como ser social". Lo correcto sería la construcción *tanto... cuanto*.—A. M.

GIACOMO LORENZINI: *Caracterología y tipología aplicadas a la educación*. Versión española de J. Fábregas Camí, S. I. Editorial Marfil. Alcoy, 1955. 281 páginas.

La finalidad de este libro, ya indicada en el título, queda más exactamente declarada en el prefacio de la obra, donde el autor nos dice que pretende "contribuir a un conocimiento científico cada vez más rotundo del educando"... Y añade más adelante: "Tratando del carácter exponemos los resultados que pueden servir para el conocimiento de los educandos y para su formación. Pero, de propósito, no nos hemos asignado el menester de tratar directamente de la educación y la formación del carácter. ... No obstante, dada la finalidad práctica del presente trabajo, hemos hecho a su debido tiempo las oportunas observaciones para su aplicación a la pedagogía. En la exposición de las varias doctrinas caracterológicas y tipológicas, nos hemos esforzado en poner de relieve aquellos elementos que interesan especialmente el conocimiento de la niñez y de la adolescencia."

El propósito no puede ser más oportuno, ya que dentro de la pedagogía diferencial ocupa un puesto cada vez más importante aquella parte que estudia los problemas planteados por las diferencias caracterológicas de los individuos. Contribuyen a ello las exigencias de la educación misma en el orden práctico, que al tratar de perfeccionar sus medios se encuentra ante la necesidad de adaptarlos a las características de cada individuo; y, por otro lado, el florecimiento de los estudios caracterológicos dentro de la moderna psicología. Por tanto, cualquier libro que ponga al alcance de los educadores las adquisiciones más o menos definitivas de la ciencia del carácter (y más si se refiere especialmente a la niñez y adolescencia) resulta de evidente utilidad. Sin embargo, esta utilidad no justifica que hablemos de *caracterología aplicada* a la educación si no se dan otras condiciones. En efecto, creemos

que para hablar de verdadera aplicación habría de intentarse al menos ver en qué forma los datos de la caracterología contribuyen a la solución de los tres problemas básicos en educación: conocimiento del sujeto, determinación de los fines y elección de los medios más adecuados. En el libro que nos ocupa echamos de menos este último aspecto, ya que se ha dado preferencia al primero; de manera intencionada, y en diversos lugares, se hace también alusión a los objetivos inmediatos que debe proponerse el educador en la tarea de formación de los caracteres; sin embargo, apenas encontramos una consideración detenida acerca de los medios a emplear para conseguir esos objetivos, tal como, por ejemplo, se encuentran en la obra de Le Gall: *Caracterología de la infancia y de la adolescencia*. No es que tenga demasiada importancia la discusión del título, mucho menos cuando el autor, desde las primeras páginas, nos advierte del propósito que le guía, y se atiene fielmente a él a lo largo de toda la obra: hemos querido solamente señalar que, al no dar cabida al problema de los medios en relación con las aportaciones de la caracterología, el libro pierde gran parte del valor práctico que podría poseer para el educador, y que éste quizá podría esperar de una caracterología aplicada. Claro que, según creemos, hay dos razones para que el autor no se haya ocupado de ello: en primer lugar, la misma dificultad del tema, que requiere una elaboración más específicamente pedagógica; en segundo lugar, su propósito de exponer las doctrinas más representativas de la caracterología, con lo cual la parte informativa y descriptiva de las diversas orientaciones, aunque reducida a lo esencial, es lo bastante extensa como para ocupar la casi totalidad del libro.

En la primera parte, "Caracterología general", encontramos capítulos interesantes sobre el concepto, estructura y factores del carácter, así como sobre el concepto de temperamento y los métodos de la caracterología. En la segunda parte, "Caracterología especial o tipolo-

gía", se exponen las diversas clasificaciones o tipologías, agrupadas según el criterio que sirve de base a la clasificación: sea la estructura corporal desde distintos puntos de vista (tipos somáticos), sea esta misma estructura bajo un aspecto dinámico-funcional y en relación con las estructuras psíquicas correspondientes (tipos somatopsíquicos), sea la estructura específicamente caracterológica y psíquica (tipos psíquicos). En el primer grupo se exponen las clasificaciones de la escuela constitucionalista italiana de Giovanni y Viola y la escuela morfológica francesa de Sigaud y MacAuliffe. Dentro de los tipos somatopsíquicos se da especial importancia a las tipologías de Pende y Kretschmer, haciendo referencia también a las de Jaensch y Sheldon. Las teorías de Bain, Pérez, Ribot, Malapert, Binet, Young y Spranger se exponen en el tercer grupo, donde se dedican dos capítulos enteros a las doctrinas de Le Senne. Como es sabido, este psicólogo francés ha continuado las investigaciones de Heymans, perfeccionando su clasificación, que es, en la actualidad, una de las más conocidas y hasta popularizadas.

Todo el libro se distingue por una exposición muy ordenada y clara, en la que se ha sabido ponderar la atención concedida a cada materia según su importancia. Aunque el estado de la ciencia del carácter no permite una exposición más sistemáticamente organizada, el autor no se limita a dar un muestrario de teorías, sino que, sin entrar en discusiones críticas, se preocupa de exponer aquellas directrices y principios que permitan una justa comprensión y una exacta valoración de muchos puntos actualmente todavía muy problemáticos.

Acompañan al texto abundantes notas bibliográficas, que permiten ampliar cualquiera de las doctrinas y puntos de vista desarrollados.

Por todas estas cualidades, creemos que la obra puede resultar interesante y útil a los educadores y a todos los que se preocupan de la formación de la niñez y juventud.—MARÍA TERESA LÓPEZ DEL CASTILLO.